

# **El blanco y negro o el color de la realidad**

[*Errancia y fotografía. El mundo hispánico de Jesse A. Fernández.* París: Instituto Cervantes, 2017, 269 p.]

Marie-Alexandra Barataud  
Université Paris-Sorbonne  
ma.barataud@yahoo.fr

Citation recommandée : Barataud, Marie-Alexandra. “El blanco y negro o el color de la realidad”. *Les Ateliers du SAL* 11 (2017) : 165-170.

¿Cómo definir la obra fotográfica de un hombre que pasó su vida en movimiento, su Leica en la mano, sintiendo en lo más hondo de su arte la inquietud y la necesidad de dar a ver la realidad urbana y cultural hispánica tal como la experimentaba por las ciudades por las que paseaba? ¿Qué decir de un libro que pretende ofrecer a su lector un conocimiento novedoso del itinerario bio-artístico de un hombre cuya obra fotográfica siempre se enfocó en la importancia de la realidad que un artista pretende revelar a su público/observador?

Si Jesse A. Fernández es más conocido por su galería de retratos que por sus fotografías de la *urbe* contemporánea tal y como la percibía y vivía, es sin duda alguna porque, como lo subrayó Juan Manuel Bonet, "Pocos retratistas han acertado como él a captar la esencia de aquellos a los que cazaba con su cámara". Las 135 fotografías de la exposición *Errancia y fotografía. El mundo hispánico de Jesse A. Fernández* realizada en el Instituto Cervantes y reunidas en el volumen epónimo siguen la cronología temporal vital y espacial del artista subrayando en su selección "la vinculación que muestra Jesse A. Fernández exclusivamente como fotógrafo con el mundo hispánico y su cultura a lo largo de su vida profesional desde sus primeras fotografías en Colombia en 1952 hasta su muerte en Neuilly en 1986" (33).

Nació como Jesús Antonio Fernández Martínez en La Habana en 1925. Es allí donde empezó su trayecto personal. Hizo estudios de ingeniería y desarrolló una sed inagotable de encuentros y descubrimientos sintiéndose cubano de Asturias o asturiano de Cuba en un vaivén constante entre dos mundos y buscando en ellos lo universal: "fue siempre de ciudad en ciudad, guiado por un interés incontenible y plural hacia la vida, es decir, hacia el arte, la literatura, la historia, la antropología, el jazz y, por supuesto, la fotografía, que se tradujo en una obra inagotable" (9). Su formación artística es heterogénea y propia. Su amigo, el escritor Guillermo Cabrera Infante, en un guiño, hizo de él un personaje en *Tres tristes tigres*, en el que tiene como apodo Códac. Escribe lo que puede aparecernos como elemento biográfico del fotógrafo:

Me fui al baño y sentado en la taza, leyendo esas indicaciones que vienen en cada rollo Kodak, que estaban tiradas en el suelo del baño no sé por qué, leyendo esa cómoda simpleza que divide la vida en Al Sol, Exterior Nublado, Sombra, Playa o Nieve (nieve, mierda, en Cuba) y finalmente Interior Luminoso (*Tres tristes tigres*, 1967, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 121).

A partir de lecturas de publicidad y prospecto, con curiosidad incansable y con formación artística, se hizo fotógrafo. Es en Nueva York donde adoptó su nombre internacional de Jesse A.

Fernández y donde decidió dedicarse al arte (que en aquel entonces sólo era dedicación a la pintura). Se fijó también allí su interés por la ciudad. La presentó como escenario de la existencia misma, como complejo espacio arquitectónico cuyos cambios y vidas hacen de él un elemento inseparable de la modernidad. La *urbe* contemporánea tal y como la experimenta el artista es el foco de expresión de la(s) vida(s) y de la(s) realidad(es). Realizó su formación artística y fotográfica al frecuentar en esa ciudad americana a los artistas surrealistas trasplantados de Europa. Es de notar también su fascinación por el motivo de la calavera que aparece tanto en su obra fotográfica como escultórica y pictórica:

La calavera, y por extensión la iconografía relacionada con la muerte, siempre le interesó al fotógrafo, de manera que a partir de los años sesenta fue una constante en sus trabajos artísticos. La calavera, imagen rotunda y plástica, símbolo de la *vanitas*, pero también de su opuesto, el deseo de vivir expresado en una suerte de magia simpática, protagoniza o aparece en muchas de sus obras pictóricas, en sus dibujos y esculturas, convertida en elemento de referencia, al tiempo que en objeto de colección. El paso siguiente, casi inevitable, fue la incorporación de la calavera a su fotografía (29).

En Palermo, que es un paso más en su itinerario, la "visión de la muerte como un acontecimiento de la vida y su representación como máscara carnavalesca que reina en el arte popular mexicano en forma de calavera es la que reaparece en la pintura europea y española [...] y es la que interesa a Jesse A. Fernandez" (31-32).

Seguimos el itinerario de Jesse A. Fernández imaginándolo paseando, con su Leica en la mano, esperando ese momento propicio y fugaz que le permita inmortalizar en el papel la imagen fotográfica que había creado ya en su mente en el movimiento de apoyar en el botón de su cámara, captando en un breve segundo la realidad del instante sin nunca traicionarla: "Nada debe transformarse con preparaciones o intervenciones de cualquier tipo, prefiriendo el entorno de la ciudad al menos real de estudio; ni siquiera la luz natural del momento debe alterarse, de ahí que renuncie al empleo del *flash* inclinándose por la película de alta sensibilidad" (13-14). Si el respeto a la realidad aparece como central en las fotografías de Jesse A. Fernández, el artista no se somete a ésta. En efecto, es él quien elige lo que quiere tomar de ésta y cuál es el elemento que le gusta y que quiere ver aparecer en su fotografía. Su arte parece funcionar "como (una) actitud ante la realidad que es independiente del trabajo". Si bien el fotógrafo nunca aceptó modificar la realidad fijada en el papel añadiéndole artificios o retocando la imagen en su estudio, reconocía la importancia del revelado que es un trabajo de laboratorio durante el cual el fotógrafo demuestra su

conocimiento y los saberes propios de su arte y de sus técnicas. No admitía que la realidad pudiera ser traicionada por la intervención técnica del fotógrafo que había sabido, como ningún otro y antes que otro, percibir gracias a su mirada alerta el instante de realidad que, para el observador *lambda*, sólo se revelaría en el papel una vez editada la fotografía. Así que podemos señalar, sin aventurarnos en suposiciones, que Jesse A. Fernández tenía una ética más bien estricta y respetuosa de su arte tanto fotográfico como pictórico para el que el mejor estudio son las calles por las que pasea como *flâneur* atento. En sus primeras fotografías realizadas en Colombia ya se puede percibir: "esta entrega al blanco y negro [...] porque hace a las fotografías a un mismo tiempo más realistas y más abstractas, a la vez que permite dar forma a la imagen y apreciar contrastes, materia, volúmenes y luces. [...] Precisamente es esto, la realidad o, mejor, su respeto, lo que determina su fotografía" (13).

En la selección de fotografías de la exposición realizada en el Instituto Cervantes se revela la poética del artista que, como hilo conductor de su vida y obra, nace del vaivén constante entre el Viejo y el Nuevo Mundo, balance sin fin que pone de realce la vinculación estrecha de ambos: el uno no pudiendo ser sin el otro y ambos revelándose en rasgos, indicios, elementos ínfimos de la realidad del otro... Esta estrecha relación en la obra de Jesse A. Fernández no deja de poner de relieve su interés por lo universal presenciado tanto por la galería de retratos de actores de la vida cultural de los países/ciudades por las que transitó o en las que se instaló como por los instantáneos de momentos o elementos claves de aquella urbanidad que tanto lo fascinaba y que presenciaba su cámara. La ciudad funciona no sólo como motivo de sus fotografías sino también como elemento de la realidad de los personajes retratados: "Es una suerte de ética fotográfica, de respeto hacia el retratado que parte del compromiso de no alterar el contexto ni añadir elementos que transformen la realidad del personaje" (17). Puede ser el único motivo de la fotografía o formar parte del contexto del retratado. O sea que lo característico de la obra fotográfica de Jesse A. Fernández es que si, en efecto, es más conocida gracias a su amplia galería de retratos de los personajes de la vida cultural que encontró, nunca prescindió, en los mismos momentos de su carrera fotográfica profesional, de señalar la realidad urbana donde se situaba: "esos fragmentos urbanos de materia y signos que trata como elementos independientes responden no sólo a su interés por la realidad de la ciudad, sino también a su preocupación e inclinación por texturas, materias y símbolos que llevan a esas fotografías a la categoría de composición abstracta, una pintura que, por otra parte, nunca practicó" (15). Entre

fotodocumentalismo de calidad, fotografía oficial y arte fotográfico se distinguen tres mundos y tres modalidades de ejercer su mirada y su profesión. Y lo más relevante de la obra de Jesse A. Fernández es su capacidad de incluir lo humano en lo urbano y lo urbano en lo humano-retratado. Varios de los retratos que hizo se volvieron imágenes canónicas del retratado, ya que el retrato era "un género por el que estaba especialmente dotado, pues a su formación artística y capacidad de sintonizar con el retratado se añadía su personalidad, capaz de atraer a los elegidos ante su Leica en una aparente docilidad lejos del posado de estudio, que tiene siempre algo de forzado" (15).

Siguiendo su camino vital bio-geográfico, el lector-observador de *Errancia y fotografía...* recorre los años al mismo tiempo que transita las calles y el eje cultural de las 9 grandes etapas del artista. Colombia aparece primero con 7 fotografías primerizas y ya características de la visión peculiar del artista con fotografías en blanco y negro, sin uso de artificios y respetando la realidad. Después vienen Guatemala (con 6 fotografías) y México (con 13 fotografías). La tercera etapa es la de Nueva York que son años de formación entre los años 50-60, con 24 fotografías entre las cuales hay pocas del paisaje neoyorquino. El apartado reservado a Cuba, y en particular a La Habana, es uno de los más completos con 21 fotografías, unas editadas en *Lunes de Revolución* y otras de fotógrafo oficial en su breve etapa de fervor revolucionario realizando foto-reportajes. Llega entonces la etapa borriqueña, con 8 fotografías. Esta parte de su obra es menos conocida y menos divulgada: "Todo muestra un lugar —suerte de Cuba secreta— que, como en el caso de Guatemala, parecía esperar la Leica de Jesse A. Fernández para que el mundo lo conociese" (26). Allí se acercó a una realidad que le resultaba muy cercana a sus orígenes cubanos. Guatemala, México, Puerto Rico y Venezuela son los países donde se afirmó su gusto por la realidad urbana e incluso rural. Se destaca la estancia en Madrid con 26 fotografías, entre las cuales se encuentran 21 retratos de personajes de la vida cultural. Como en todas las ciudades donde residió, Jesse A. Fernández demostró su interés por la cultura y sus representantes: creó en Madrid una galería de retratos que sin duda alcanza su culminación. Las fotografías de París componen la penúltima sección de la exposición con 16 fotografías, entre las que hay 12 retratos. Allí residió de 1977 a 1986 y se casó con France Mazin, actual conservadora de su obra. Los paisajes urbanos de la capital francesa y sus habitantes son los más escasos entre las ciudades que le inspiraron. Sin embargo, fue durante esta estancia parisina cuando hubo más exposiciones de su trabajo de pintor y de creador de *cajas* "esas creaciones a medio camino entre la pintura, la escultura y el objeto encontrado que resumen

su universo" (32). El viaje a Palermo en 1978 para visitar las catacumbas le inspiró de la misma forma que lo habían hecho otras ciudades. Destacan una fotografía en la que aparece el propio Jesse A. Fernández de turista urbano sacada por un amigo y la serie de retratos de momias. Se cierra la exposición con unas cartas de amigos y páginas de las revistas en las cuales colaboró.

Esta exposición-homenaje acerca al público de Jesse A. Fernández a la *urbe* tal y como siempre apareció en su vida y en su obra. Su inquietud artística, al querer respetar la realidad del instante captado o del personaje retratado, revela la vinculación profunda que existe en su obra entre el Nuevo y el Viejo Mundo, entre urbanidad y humanidad: en su manera de señalar en sus fotografías la realidad del mundo cultural tal y como lo frecuentó a lo largo de su errancia.